

# LA MADRE DE FAMILIA

REVISTA MORAL È INSTRUCTIVA

BAJO LA DIRECCION DE

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SE PUBLICA LOS DIAS 1.º, 7, 15 Y 23 DE CADA MES.

3.ª EPOCA.  
1883.-Año VII

REDACCION Y ADMINISTRACION  
Barro del Campillo, núm. 15, Granada.

Núm. 1.º  
Dia 1.º de Abril

## SUMARIO.

A mis lectores, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—*Un Mar sin Puerto*, novela original por id.—*Dies Iræ*, poesia por id.—*Seccion Doctrinal*, por id.

## A MIS LECTORES.

Mucha y muy alta es la responsabilidad del autor que se dedica á escribir siempre para el público.

Grande y trascendental el empeño que contrae, si quiere llenar dignamente su noble mision.

Y cuando se ha consagrado la vida entera á defender una sola idea; cuando al frente de todas las obras se ha estampado el mismo lema; cuando un pensamiento único ha guiado la pluma y ha sostenido el espíritu sin que vacile jamás; es mas difícil y arriesgado aun, pues compromete el éxito de la empresa, la especie de derecho que tienen ya los que han de juzgar sus creaciones á encontrar en ellas, mas que un mero y esfímero pensamiento, algo que deje un rastro de bien en el alma, al-

go que entrañe en su fondo una severa y elocuente leccion moral.

Llenar algunas páginas, describir escenas que conmuevan ó alhaguen nuestras pasiones, entretener la imaginacion un número mas ó menos extenso de horas, cosa es, á mi entender, sencilla y hacedera y que no ofrece inconveniente alguno al que intente llevarla á cabo.

Pero no es esto, nó, lo que el escritor honrado se debe proponer.

No es este, no, el deseo que debe animarle, la idea que ha de guiarle, y el objeto á que debe aspirar.

Vicios y defectos sin cuento corrompen y destruyen la sociedad y la familia; vicios y defectos sin cuento se anidan en el hogar y se apoderan del corazon humano, haciéndole su juguete y convirtiéndole en su esclavo; y donde hay errores que estirpar y males que combatir, allí está el puesto del escritor que comprende su mision elevada, allí está el lugar del poeta que quiere cumplir lealmente con su deber.



Allí, aunque pobre y oscura y modesta obrera de la inteligencia, allí estaré siempre, con mi pluma humilde, con mi génio pigmeo, pero con mi gigante voluntad.

He aquí por qué, «La Madre de Familia» vuelve á ver la luz pública, tras de algunos meses de tregua; he aquí por qué en sus páginas, vuelvo á mandar al centro del hogar, sencillas lecciones para la tierna niñez, consejos para la inesperta juventud, ayuda y cariño para las madres cristianas, y consuelos y esperanzas del cielo, para la vejez árida y triste. Nuestra generacion, frívola y egoísta, metalizada y descreída, se ocupa de buscar los medios de adquirir oro, brillo y esfímeros goces; pero se olvida por completo de buscar en las fuentes de las verdades divinas, el bien, la paz, y las grandezas del espíritu; por eso necesita escuchar de continuo en su oído, acentos amigos, ingénuos y severos al par, que le recuerden que la vida es un día y que el camino de la virtud, de la resignacion y del trabajo, es el mas seguro y recto para salvar sus abismos y no caer en sus precipicios.

Poco ó nada valen mis esfuerzos para arrancar á la humanidad de la torcida senda por donde camina, lo sé muy bien.

La luz de mi fé no podrá jamás alumbrar el alma helada del incrédulo, ni mi débil voz podrá llegar á estremecer el corazón agitado por las borrascas y las pasiones de la vida: pero la antorcha de mis puras creencias se elevará en mi mano siempre, y las palabras que broten de mis lábios serán constantemente las palabras de la verdad.

Repito que nada soy, comprendo que nada se, estoy segura que ni un solo grano de arena podré llevar al edificio de la regeneracion social, pero ¿que importa? no por eso desistiré de mi empeño, no por eso retrocederé jamás en mi propósito.

La madre que tiene en sus brazos al hijo moribundo, raquítico y casi sin vida, no cesa de consagrarle sus cuidados, no deja de prodigarle su amor, por mas que no abrigue una leve esperanza de conservarle la existencia, ni devolverle la salud.

Allí está siempre, allí está perenne al pié de su lecho, y sin embargo nada aguarda, nada ambiciona. La muerte no retrocede ante las lágrimas de una madre, pero la madre sigue cumpliendo su mision y sigue llorando junto á su hijo, porque su corazón la impulsa á ello.

El médico que conoce la esencia mortal de una enfermedad, y la ineficacia de la ciencia para curarla, tampoco abandona jamás al enfermo: permanece á su lado, y en lucha desigual con la muerte, espía el último suspiro, acecha el postrer átomo de vida, y prueba siempre, y siempre dobla sus esfuerzos, aunque sin esperanza alguna y solo por tener en la conciencia la conviccion de que ha cumplido su deber.

Yo seguiré su ejemplo, y al menos cuando sepa que las humildes páginas de la «Madre de Familia» llegan hasta el fondo del hogar doméstico ¡quien sabe! esclamaré con un destello de esperanza en el alma ¡quien sabe el bien que allí puede hacer!

Si el corazón sin religion, si la vida sin creencias es un desierto árido y estéril, es un oceano sin riberas, tal vez entre estas sencillas páginas escritas á la augusta sombra del árbol de la cruz, brille un rayo de luz inefable, luzca un destello de la divina llama de la fé y del amor, que sirva de faro en la borrasca y de guia en la oscuridad, á el alma que lucha, al espíritu que vacila, conduciéndoles suavemente al seguro puerto.

Dios que sostiene al débil, que de un grano de pequenísima é imperceptible semilla hace brotar la rama frondosa y crecer la galana y perfumada flor, prestará á mi pobre y humilde revista todo el valor de que carece.

Enriqueta Lozano de Vilchez.





# UN MAR SIN PUERTO,

NOVELA ORIGINAL  
DE ENRIQUETA LOZANO DE YILCHEZ.

DEDICATORIA.

A LOS EXCMOS. SEÑORES

MARQUESSES

DE VILLALEGRE. (1)

*Al buscar en mi memoria un nombre ilustre y respetado que puesto al frente de esta humilde obra, la autorizase, sirviéndola de escudo, brotó el de ustedes en mi lábio, como el más noble y el más digno.*

*La novela en sí, nada vale; pero la flor mas olvidada y modesta toma perfume y gala, cuando está iluminada por un rayo de sol.*

*Si se dignan, pues, aceptar la dedicatoria que les ofrezco, será este mi libro mas querido, puesto que la primera página recordará siempre su bondad á*

LA AUTORA,

## CAPITULO I.

La tarde declinaba. El sol se habia ocultado ya en el ocaso.

A la melancolia de esa hora en que el dia muere, se mezclaba la que esparce en derredor el eco de las campanas doblando lentamente, y diciendo en sus tristes sonos que un alma acaba de romper su cárcel para volar á la eternidad.

¡Oh! y así era en efecto; y si pudiéramos dudar

(1) Los señores Marqueses de Villalegre, no solo han aceptado esta dedicatoria manifestándolo así á la autora en una finísima carta, sino que se dignaron tambien suscribirse por 300 ejemplares, probándole de esta manera su deseo de proteger la publicacion.

de ello, nos bastaría llegar á las puertas de un magnifico palacio, en una de las calles mas aristocráticas de la coronada villa, y mirar hácia el vestibulo que precede á su ancha escalera.

Allí, y cerca de una mesa cubierta con un ámplio paño negro galoneado de plata, se hallaban dos criados vestidos de riguroso luto, que se inclinaban respetuosamente, siempre que alguna persona amiga ó conocida de sus señores sin duda, llegaba á estampar un nombre en la extensa lista colocada en el centro de la mesa que parecían custodiar.

Todo era triste en aquella casa.

Todo grave, ceremonioso.

Todo respiraba sin embargo la opulencia y la riqueza y el bienestar.

Las escaleras, adornadas de olorosos arbustos y de bellas estatuas, pero alumbradas á medias en aquella noche de duelo, daban ascenso á grandes habitaciones desiertas y mudas entonces.

Solo en medio de un gran salon, tapizado con anchas colgaduras de damasco, y entre un círculo de pesados y abundantes cirios, descansaba un ataud, en el cual yacia una muger sin vida.

Era jóven, muy jóven, y apesar del sello que la muerte habia impreso en sus facciones, adivinábase aun en ellas los restos de una peregrina y perfecta hermosura.

Una rizada toca de crespon blanco rodeaba su pálido semblante, y entre sus manos y sobre su pecho brillaba un crucifijo de marfil que se destacaba fuertemente sobre el terciopelo de la mortaja que la envolvía.

Cuatro servidores de gran librea velaban junto al ataud, remudándose de dos en dos horas en aquel triste y postrer servicio que prestaban á la que habia sido su señora.

Así en silencio, en ese sombrío silencio que rodea siempre á la muerte, se pasaron las últimas horas de la tarde y las primeras de la noche, sin que nada viniera á turbar aquella dolorosa quietud.

Poco á poco se fueron apagando los diferentes sonidos que venían del exterior.

El murmullo de las gentes que cruzaban la calle se hizo vago y aún cesó enteramente por algunos intervalos; el ruido de los carruajes fué menos, y solo se escuchó muy de tarde en tarde.

El sueño y el cansancio parecían irse apoderando de los que allí velaban y que si aparecían tristes y macilentos, no demostraban en el rostro ese profundo y doloroso sentimiento del que todo lo ha perdido al ver morir un ser adorado.

Las dos habian sonado ya en los relojes más cercanos, y aún quedaban muchas horas de aquella interminable noche, la última que debía pasar en su morada aquella mujer que ya no existía.



Tres de los servidores destinados á guardar aquel féretro, se habian dormido profundamente.

¡Oh! estaban ciertos de que nadie vendria á reconvénirles por aquella falta, y se entregaban al sueño con un descuido extremado.

Y hacian bien.

Las luces ardian en sus candelabros de plata.

Ni un soplo de viento podia agitar ni extinguir su llama.

¿Qué falta hacian su vigilancia y sus cuidados?

Los ojos que podian ver, los lábios que podian reprimir, estaban allí cerrados para siempre.

¿A qué inquietarse? ¿á qué violentarse pues?

¡La muerte no necesita desvelos, ni vigiliias ni atenciones!

Hemos dicho que tres dormian, pero nos queda el cuarto de que hablar.

Este habia entrado de los últimos para empezar su turno de vela, y podemos asegurar que su aspecto nada tenia de comun con el de sus otros compañeros.

Como la noche estaba muy avanzada, como el frio sin duda era intenso, se envolvía cuidadosamente en una especie de redingot de paño oscuro, que le cubria enteramente el cuerpo y parte del rostro, que tenia inclinado constantemente y perdido casi entre una espesa barba negra, larga y descuidada en extremo.

Un aire de superioridad majestuosa se descubria sin embargo en toda su persona, y sus ojos, en los que brillaba una mirada clara y ardiente, se dirigian de vez en cuando en derredor con inquietud y angustia visible.

Parecia como que aguardaba con afán algo que no podriamos adivinar, pero que se manifestaba en los movimientos nerviosos de su mano cerrada, y en las contracciones de sus lábios fuertemente comprimidos.

Al fin, y cuando se convenció hasta la evidencia que sus compañeros dormian, dejó la inmovilidad en que habia permanecido una hora entera, y acercándose más al féretro, se dejó caer de rodillas á sus piés con ademan doliente y desesperado.

De sus ojos, secos hasta entonces, brotaron dos lágrimas solas, dos gotas de sangre arrancadas de los veneros del corazon, que fueron á caer sobre los piés de aquel cadáver.

Sus lábios no se movieron; parecia que no formulaban palabra alguna, y sin embargo, salió de ellos un nombre mas bien que como una frase, como un gemido del corazon.

Una vez dada expansion al dolor concentrado que sin duda se ocultaba en el alma de aquel hombre, le fué casi imposible contenerse y sollozos amargos

brotaron de su pecho y la mas viva desesperacion se pintó en sus hermosas facciones.

Impulsado por un misterioso sentimiento, levantóse rápidamente, se acercó al cadáver y le contempló algunos instantes de pié, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Oh! en aquella frente abrumada por el pesar, debian tener cabida las más extrañas ideas, porque mil violentas emociones se reflejaban en ella con la rapidéz con que cruzan las olas sobre la superficie de un mar alborotado y tempestuoso.

De pronto, y con una emocion indecible, pareció olvidar cuanto le rodeaba, y apoyando su mano sobre el pecho del cadáver, buscó en él un objeto que no tardó en encontrar, por que sin duda estaba cierto de que se ocultaba sobre aquel seno sin vida.

Era un relicario de oro sujeto con una delgada cadena del mismo metal; una expresion indefinible animó su rostro al tocarle; cojió la cadena entre sus dedos, la rompió con violencia, y guardó ambas cosas con afán entre los pliegues de su traje, no sin haber dirigido una mirada recelosa en torno suyo.

Su agitacion era tan violenta que apenas podia vencer el visible temblor que le dominaba.

O su corazon estaba desgarrado por el dolor, ó aquella especie de robo sacrilego que acababa de efectuar habia trastornado todo su ser.

Pasado el primer instante, la razon volvió sin duda á recobrar en él su imperio, pues quiso borrar las huellas de aquella accion llevada á cabo entre el misterio de la noche, y otro misterio más terrible y más impenetrable aún; ¡el de la muerte!

En su precipitacion por apoderarse de aquél relicario, habia descompuesto el velo y el traje que envolvía á la jóven y el rostro de esta, blanco y helado como el mármol, habia quedado descubierto enteramente, dejando ver clara y distintamente una línea ancha y oscura que se adivinaba junto á la boca cruzando la barba como una cinta azulada.

Los ojos de aquél hombre se fijaron en ella con afán, tiró de las tocas hasta desgarrarlas para descubrir en toda su estension aquella señal terrible, y un rugido de cólera se escapó de su pecho, por que adivinó allí la huella de sufrimientos pasados ó de violencias aterradoras.

Al grito inarticulado que se apagó entre sus lábios, pareció responder un doliente suspiro en un extremo de la estancia.

¿Era acaso una ilusion de su mente? era que el eco repetía el sonido de su misma voz? era que el cadáver respondia á su gemido con otro gemido amante, ó que alguien se quejaba como él, adivinando tambien aquellos ignorados dolores?

El desconocido no hubiera podido descifrarlo.

Pero sintió que los cabellos se erizaban sobre sus



sienes y que un sudor frío inundaba su pálido semblante.

Tuvo valor sin embargo para cubrir respetuosamente aquél seno yerto é inmóvil; colocó los pliegues del velo sobre aquella frente marchita, y después de prestar atención un momento, y ver que todo permanecía silencioso y cayado, volvió á caer de rodillas, ocultando la frente entre sus manos, y entregándose á una profunda y dolorosa abstracción.

El reloj dió en aquél instante cinco campanadas.

Uno de los tapices que cubría la puerta del salón se levantó lentamente, y un hombre de aspecto triste y humilde apareció en la entrada.

Miró en torno con atención, y viendo que solo el desconocido velaba, se acercó á él y le tocó suavemente en el hombro.

Levantó aquél la cabeza; fijó en el recién llegado su mirada y le preguntó muy bajo.

—¿Eres tú, Gaspar. ¿qué quieres? á qué vienes tan pronto?

—Señor, son las cinco, respondió el recién llegado tan quedo, que más bien se adivinó que se escuchó su palabra.

—Las cinco ya! repitió el desconocido con dolorosa sorpresa.

—Sí, y es forzoso salir; la hora de mi turno ha concluido, y si los otros entran, si alguno adivina que no he sido yo quien ha estado aquí...?

—Calla! ya ves que es imposible!

—Sin embargo...

—Tienes razón! me iré... ¿qué puedo hacer en este lugar?

—El relicario...?

—Está en mi poder.

—Entonces...

—Sí, vamos! Estas dos horas han sido terribles para mí, por que tú no sabes, Gaspar, tú no sabes la sospecha que se ha despertado en mi mente: sospecha que me es preciso aclarar, porque si un crimen hubiera terminado la vida de Elena...

Gaspar inquieto por un peligro que él solo podía comprender, hizo una seña indicando que no estaban solos, y esto enmudeció los labios del desconocido.

—Vamos, repitió el fiel servidor, yo guiaré á V. E. hasta hacerle salir por la puerta del jardín, y luego volveré á ocupar mi puesto antes que noten el cambio. Es preciso, es preciso hacerlo así.

--Tienes razón, marchemos! murmuró aquél hombre, dando un paso para abandonar la estancia.

Pero luego se detuvo; miró á la joven y exclamó con un acento que parecía desgarrarle el pecho.

—Adios Elena, hasta dentro de algunas horas!

—Cómo! exclamó Gaspar con sorpresa, pues qué, ¿acaso...?

—Sí, quiero estar en el cementerio: quiero verla una vez todavía!

Y sin aguardar nada ya, salieron ambos de aquél lugar, y llegaron hasta el fin de la escalera sin encontrar á nadie á su paso.

Un instante después, el desconocido cruzaba el dintel de la puerta y se perdía entre la oscuridad de la calle y el criado tornaba al salón mortuario, donde aun permanecían dormidos los que allí dejara antes de volver á ocupar su puesto.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará.)

## DIES IRÆ (1).

Dios de su voluntad por los misterios  
derriba tronos o levanta imperios.

Melancólicas auras, saturadas  
Con los gratos perfumes del Oriente,  
Ligerisimas brisas regaladas  
Que refrescáis las flores, abrasadas  
Bajo la llama de su sol ardiente.

Vosotras que vagáis de esencias llenas,  
Vosotras ay! que os adormís sin ruido  
Entre los cedros, que agitaís apenas,  
Y el cáliz de las blancas azucenas  
Trocaís en casto y transparente nido.

Vosotras que entreabris las amapolas  
Del Zabulon, á vuestro paso incierto,  
Y que errantes, y tímidas y solas,  
Rizáis, gimiendo, las inquietas olas  
Del lago Tiberiades y el Mar Muerto.

Vosotras que besáis enamoradas  
Las copas de las palmas de Idumea:  
Que el rápido Cedron cruzáis calladas  
Y disipáis las nubes, agrupadas  
Bajo el sereno cielo de Judea,

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el certamen celebrado por el Liceo en el próximo año de 1882. y como entonces estaba suspendida la publicación de este periódico, la insertamos hoy para que nuestros suscritores puedan conocerla.



Tres de los servidores destinados á guardar aquel féretro, se habian dormido profundamente.

¡Oh! estaban ciertos de que nadie vendría á reconvenirles por aquella falta, y se entregaban al sueño con un descuido extremado.

Y hacian bien.

Las luces ardian en sus candelabros de plata.

Ni un soplo de viento podía agitar ni extinguir su llama,

¿Qué falta hacian su vigilancia y sus cuidados?

Los ojos que podian ver, los lábios que podian comprender, estaban allí cerrados para siempre.

¿A qué inquietarse? ¿á qué violentarse pues?

¡La muerte no necesita desvelos, ni vigiliias ni atenciones!

Hemos dicho que tres dormian, pero nos queda el cuarto de que hablar.

Este habia entrado de los últimos para empezar su turno de vela, y podemos asegurar que su aspecto nada tenia de comun con el de sus otros compañeros.

Como la noche estaba muy avanzada, como el frio sin duda era intenso, se envolvía cuidadosamente en una especie de redingot de paño oscuro, que le cubria enteramente el cuerpo y parte del rostro, que tenia inclinado constantemente y perdido casi entre una espesa barba negra, larga y descuidada en extremo.

Un aire de superioridad majestuosa se descubria sin embargo en toda su persona, y sus ojos, en los que brillaba una mirada clara y ardiente, se dirigian de vez en cuando en derredor con inquietud y angustia visible.

Parecia como que aguardaba con afán algo que no podriamos adivinar, pero que se manifestaba en los movimientos nerviosos de su mano cerrada, y en las contracciones de sus lábios fuertemente comprimidos.

Al fin, y cuando se convenció hasta la evidencia que sus compañeros dormian, dejó la inmovilidad en que habia permanecido una hora entera, y acercándose más al féretro, se dejó caer de rodillas á sus piés con ademan doliente y desesperado.

De sus ojos, secos hasta entonces, brotaron dos lágrimas solas, dos gotas de sangre arrancadas de los veneros del corazon, que fueron á caer sobre los piés de aquel cadáver.

Sus lábios no se movieron; parecia que no formulaban palabra alguna, y sin embargo, salió de ellos un nombre mas bien que como una frase, como un gemido del corazon.

Una vez dada expansion al dolor concentrado que sin duda se ocultaba en el alma de aquel hombre, lo fué casi imposible contenerse y sollozos amargos

brotaron de su pecho y la mas viva desesperacion se pintó en sus hermosas facciones.

Impulsado por un misterioso sentimiento, levantóse rápidamente, se acercó al cadáver y le contempló algunos instantes de pié, inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Oh! en aquella frente abrumada por el pesar, debian tener cabida las más extrañas ideas, porque mil violentas emociones se reflejaban en ella con la rapidéz con que cruzan las olas sobre la superficie de un mar alborotado y tempestuoso.

De pronto, y con una emocion indecible, pareció olvidar cuanto le rodeaba, y apoyando su mano sobre el pecho del cadáver, buscó en él un objeto que no tardó en encontrar, por que sin duda estaba cierto de que se ocultaba sobre aquel seno sin vida.

Era un relicario de oro sujeto con una delgada cadena del mismo metal; una expresion indefinible animó su rostro al tocarle; cojió la cadena entre sus dedos, la rompió con violencia, y guardó ambas cosas con afán entre los pliegues de su traje, no sin haber dirigido una mirada recelosa en torno suyo.

Su agitacion era tan violenta que apenas podía vencer el visible temblor que le dominaba.

O su corazon estaba desgarrado por el dolor, ó aquella especie de robo sacrilego que acababa de efectuar habia trastornado todo su ser.

Pasado el primer instante, la razon volvió sin duda á recobrar en él su imperio, pues quiso borrar las huellas de aquella accion llevada á cabo entre el misterio de la noche, y otro misterio más terrible y más impenetrable aún; ¡el de la muerte!

En su precipitacion por apoderarse de aquél relicario, habia descompuesto el velo y el traje que envolvía á la jóven y el rostro de esta, blanco y helado como el mármol, habia quedado descubierto enteramente, dejando ver clara y distintamente una linea ancha y oscura que se adivinaba junto á la boca cruzando la barba como una cinta azulada.

Los ojos de aquél hombre se fijaron en ella con afán, tiró de las tocas hasta desgarrarlas para descubrir en toda su estension aquella señal terrible, y un rugido de cólera se escapó de su pecho, por que adivinó allí la huella de sufrimientos pasados ó de violencias aterradoras.

Al grito inarticulado que se apagó entre sus lábios, pareció responder un doliente suspiro en un extremo de la estancia.

¿Era acaso una ilusion de su mente? era que el eco repetia el sonido de su misma voz? era que el cadáver respondia á su gemido con otro gemido amante, ó que alguien se quejaba como él, adivinando tambien aquellos ignorados dolores?

El desconocido no hubiera podido descifrarlo.

Pero sintió que los cabellos se erizaban sobre sus



sienes y que un sudor frío inundaba su pálido semblante.

Tuvo valor sin embargo para cubrir respetuosamente aquél seno yerto é inmóvil; colocó los pliegues del velo sobre aquella frente marchita, y después de prestar atención un momento, y ver que todo permanecía silencioso y cayado, volvió á caer de rodillas, ocultando la frente entre sus manos, y entregándose á una profunda y dolorosa abstracción.

El reloj dió en aquél instante cinco campanadas.

Uno de los tapices que cubría la puerta del salón se levantó lentamente, y un hombre de aspecto triste y humilde apareció en la entrada.

Miró en torno con atención, y viendo que solo el desconocido velaba, se acercó á él y le tocó suavemente en el hombro.

Levantó aquél la cabeza; fijó en el recién llegado su mirada y le preguntó muy bajo.

—¿Eres tú, Gaspar. ¿qué quieres? á qué vienes tan pronto?

—Señor, son las cinco, respondió el recién llegado tan quedo, que más bien se adivinó que se escuchó su palabra.

—Las cinco ya! repitió el desconocido con dolorosa sorpresa.

—Sí, y es forzoso salir; la hora de mi turno ha concluido, y si los otros entran, si alguno adivina que no he sido yo quien ha estado aquí...?

—Calla! ya ves que es imposible!

—Sin embargo...

—Tienes razón! me iré... ¿qué puedo hacer en este lugar?

—El relicario...?

—Está en mi poder.

—Entonces...

—Sí, vamos! Estas dos horas han sido terribles para mí, por que tú no sabes, Gaspar, tú no sabes la sospecha que se ha despertado en mi mente: sospecha que me es preciso aclarar, porque si un crimen hubiera terminado la vida de Elena...

Gaspar inquieto por un peligro que él solo podía comprender, hizo una seña indicando que no estaban solos, y esto enmudeció los labios del desconocido.

—Vamos, repitió el fiel servidor, yo guiaré á V. E. hasta hacerle salir por la puerta del jardín, y luego volveré á ocupar mi puesto antes que noten el cambio. Es preciso, es preciso hacerlo así.

--Tienes razón, marchemos! murmuró aquél hombre, dando un paso para abandonar la estancia.

Pero luego se detuvo; miró á la joven y exclamó con un acento que parecía desgarrarle el pecho.

—Adios Elena, hasta dentro de algunas horas!

—Cómo! exclamó Gaspar con sorpresa, pues qué, ¿caso...?

—Sí, quiero estar en el cementerio: quiero verla una vez todavía!

Y sin aguardar nada ya, salieron ambos de aquél lugar, y llegaron hasta el fin de la escalera sin encontrar á nadie á su paso.

Un instante después, el desconocido cruzaba el dintel de la puerta y se perdía entre la oscuridad de la calle y el criado tornaba al salón mortuario, donde aun permanecían dormidos los que allí dejara antes de volver á ocupar su puesto.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará.)

## DIES IRÆ (1).

Dios de su voluntad por los misterios  
derriba tronos o levanta imperios.

Melancólicas auras, saturadas  
Con los gratos perfumes del Oriente,  
Ligerísimas brisas regaladas  
Que refrescáis las flores, abrasadas  
Bajo la llama de su sol ardiente.

Vosotras que vagáis de esencias llenas,  
Vosotras ay! que os adormís sin ruido  
Entre los cedros, que agitaís apenas,  
Y el cáliz de las blancas azucenas  
Trocaís en casto y trasparente nido.

Vosotras que entreabris las amapolas  
Del Zabulon, á vuestro paso incierto,  
Y que errantes, y tímidas y solas,  
Rizáis, gimiendo, las inquietas olas  
Del lago Tiberiades y el Mar Muerto.

Vosotras que besáis enamoradas  
Las copas de las palmas de Idumea:  
Que el rápido Cedron cruzáis calladas  
Y disipáis las nubes, agrupadas  
Bajo el sereno cielo de Judea,

(1) Esta poesía obtuvo el primer premio en el certamen celebrado por el Liceo en el próximo año de 1882, y como entonces estaba suspendida la publicación de este periódico, la insertamos hoy para que nuestros suscritores puedan conocerla.



Cesad, cesad en vuestros vagos giros,  
Plegad un punto vuestro ráudo vuelo,  
Que, exhalando tristísimos suspiros,  
Un ángel, con las alas de zafiros  
Batiendo los espacios, sube al cielo.

Conducidle vosotras! En la bruma  
Que formais en la cúspide del monte,  
Se vé ascender como ligera espuma;  
Como paloma de rizada pluma  
Que se pierde en el límpido horizonte.

Blanco vapor envuelve su divina  
Y bellísima faz pura y celeste;  
Y su impalpable forma peregrina,  
Leve y ténue y suave, se adivina  
Entre los pliegues de su blanca veste.

Un destello de luz esplendorosa  
Irradia de su cándida mirada,  
Y su inefable claridad hermosa  
Ilumina su frente pudorosa  
De pálidas estrellas coronada.

Sus manos tiende á la infinita altura  
Con ademan de doloroso espanto,  
Y emblema de pesar y de amargura  
Se ven rodar por su mejilla pura  
Dos anchas gotas de angustiado llanto.

¿Por qué, por qué su sin igual tristeza?  
¿Por qué su afán y su dolor profundo,  
Cuando tiene por nombre la pureza  
Y en su augusto poder y su grandeza  
Mandóle Dios á embellecer el mundo;

Y es su mirar la luz de la mañana,  
Y es su aliento la esencia de las flores;  
Y de la Virgen su bendita hermana,  
Santifica la frente soberana  
Al beso de sus lábios sin colores?

Mas ¡ay! que dos ciudades, extendidas  
Del mismo suelo en la risueña alfombra,  
Por los mismos torrentes divididas;  
Alumbradas de un sol, y protegidas  
Del mismo valle, por la fresca sombra,

De Dios, en su locura, se olvidaron,  
Y su nombre divino escarnecieron;  
Del pudor los cendales desgarraron;  
Al vicio audaz, altares levantaron  
Y en su maldita culpa se adurmieron.

En bacanal inmunda trasformada  
Fué su vida sin fé; por los placeres  
La severa virtud quedó trocada,  
Y se vió la impureza reflejada  
En la cínica faz de sus mujeres.

Y no quedó maldad, ni misterioso  
Delito que en su culpa no intentaron;  
Fué su ley el pecado vergonzoso,  
Y no hubo torpe infamia, ni hubo odioso  
Crimen con que á los cielos no insultaron.

Por eso, en antro, cuya vista espanta,  
Al ver trocado su maldito suelo,  
El serafín de la pureza santa  
No encuentra allí donde posar su planta,  
Y huye veloz con su inocencia al cielo.

Y cruza los espacios; y en girones  
Las pardas nubes desgarrarse mira;  
Y dejando tras sí los aguileones,  
Vé abrirse en ondulantes pabellones,  
Del encendido sol la roja pira.

Y paso así le dan! Inmensos mares  
De eterna luz inundan su camino;  
Ruedan en torno, estrellas á millares,  
Y entre ardientes y blancos luminares  
Llega hasta el sumo Dios único y trino.

Allí dobla la frente, donde toma  
Su gala el día y el pudor se asienta:  
Y plegando sus alas de paloma,  
Del crimen de Gomorra y de Sodoma  
Al Señor de los órbes le dá cuenta.

Brilla un destello rápido y ardiente  
Del Dios de Sabaot en la mirada;  
Aterrado el Querub, cubre su frente  
Y se escucha en los cielos, la potente  
Voz que sacó cien mundos de la nada.



Y á la nube fugaz que errante gira  
Cruzando el azulado firmamento  
En las alas del viento que suspira;  
Llenó del fuego de su santa ira  
Con el poder de su divino acento.

Y «Vé, la dijo, ve, tú la que enciendes  
El rayo aterrador y en luz le bañas;  
Tú que en los mares, la tormenta extiendes,  
Y que en la ronca tempestad, descienes,  
A desgarrar del monte las entrañas.

Y tú, rudo aquilon, que desatado  
Silbas rugiendo con violento encono,  
Y que á mi voz eterna, dominado  
Te replegas gimiendo, encadenado  
Ante las gradas de mi excelso trono.

Vé, tú, de mi poder á ser testigo,  
Y á publicar mi incomprensible gloria:  
El incendio voraz lleva contigo,  
Porque de esas ciudades que maldigo  
No quede ni pavesas ni memoria.»

¡Ay! allá va la nube ennegrecida  
Que el castigo de Dios lleva en su seno,  
Por recios huracanes impelida,  
Y en su veloz carrera, precedida  
Por el fragor del espantoso trueno.

¡Ya llega, ya! la blanquecina llama  
Que en ella se retuerce y centellea,  
Sobre las dos ciudades se derrama,  
Y en lluvia inmensa que al caer se inflama  
Los altos muros de las dos rodea.

¡Oh! cuál cunde el incendio y el estrago  
Que en pos le sigue y la terrible muerte!  
¡Cuál de su abrazo, al pavoroso alhago.  
De rojas olas en inmenso lago  
Arcos, ruinas y alcázares convierte!

Y pórfidos y broncees confundidos,  
En ancha hoguera trasformados quedan,  
¡Todo en ella perece y destruidos  
Los falsos dioses de metal, fundidos  
En negra lava, por el templo ruedan.

Doquier brillan siniestros resplandores,  
Ruidos siniestros por doquier retumban,  
Y á mil gritos de espanto aterradores,  
Se mezclan con estruendo los rumores,  
De cien torres, y cien que se derrumban.

Ya todo es confusion ¡ya la humareda  
Como denso sudario vá creciendo!  
Pardo fantasma en la extension remeda,  
Y de tanta grandeza, solo queda  
De fuego un rio sin cesar rugiendo.

Y dos inmensas piras, destinadas  
Á extinguir de dos pueblos la memoria,  
Fatídicas antorchas azuladas,  
Que en el dintel del mundo colocadas  
De Dios alumbran la esplendente gloria!

Que Aquel que es todo bien, gracia y consuelo  
Que bendice al que llora arrepentido,  
Y de su amor en el inmenso anhelo,  
Por una sola lágrima, dá un cielo,  
Y dá una eternidad por un gemido,

Así humilla y confunde al que se atreve  
A quebrantar su ley, que es inmutable;  
Y le deshace como arista leve,  
Cual frágil copo de ligera nieve,  
Cual átomo de polvo miserable!

¡Hosanna al Dios de Sinai! Su mano  
Agita el ancho mar, y el prado orea,  
Y grande, inenarrable, soberano,  
De su poder en el inmenso arcano  
Destruye y forma, y pulveriza y crea.

Y cuando al eco de su voz se asombre  
La eternidad, y en dias sin segundos  
Torne en pavesas la mansion del hombre,  
Aún brillará su Sacrosanto Nombre  
Sobre las ruinas de los anchos mundos.

*Enriqueta Lozano de Vilchez.*



## Seccion Doctrinal. (1)

## INTRODUCCION.

## A LOS NIÑOS.

Los niños y las flores son hermanos: vosotros, hijos míos, teneis en el alma la primavera de la vida, y ellas traen en su aroma la vida de la primavera.

Muchas veces una humilde mariposa viene á posarse en el seno de una violeta, y con su leve murmullo y con el movimiento de sus imperceptibles alas, parece que la dice algunas palabras que nosotros no entendemos.

¡Tal vez cumple un encargo del cielo, bendiciendo allí el nombre de María, pronunciando allí el nombre de Dios!

Yo tambien quiero repetir á vuestro oido estos santos y dulcísimos nombres, porque vuestro corazon no es menos puro que el cáliz de una azucena, y puede tambien servirle de altar.

Yo quiero además que vuestra alma sea tan hermosa y tan inmaculada, como esas gotas de rocío que veis en las hojas de la blanca flor; quiero que en vuestro corazon aniden todas las virtudes, como brillan en el cielo y sin oscurecerse unas á otras, la luz del sol, de la luna y de los luceros. Quiero, en fin, que seáis buenos, para que los ángeles escriban vuestras acciones en un libro de oro, y partan con vosotros las perlas que los coronaron.

Para eso os ofrezco estas páginas.

Pero como al tomarle en las manos, al oir que una voz amiga sale de entre ellas para dirigirse á vosotros, tal vez preguntareis: ¿quién nos habla sin conocernos? ¿quién dice que nos ama sin que le veamos nunca? ¿quién ha escrito, en fin, estos renglones? Yo voy á responderos y á satisfacer vuestra curiosidad; así os probaré que solo deseo complaceros.

Quisiérais saber quién soy ¿es verdad? os lo voy á decir; escuchad: ¿Teneis madre? ¿Sí? ¿Acaso la habeis perdido! pero en ese caso os habrán hablado mucho de ella, pues bien: figuraos que yo soy vuestra madre, una madre del alma que no os reñirá nunca, pero que vá á enseñaros á tener en vuestros lábios fervorosas oraciones para la Santísima Virgen, que es nuestra Reina; en vuestras manos, limosna para los pobres, que son nuestros hermanos; y en vuestros corazones respeto, amor y sumision para vuestros padres, que son la imagen de Dios.

Así, pues, oidme como escucharíais á la que os ha dado la vida, que yo al hablaros lo haré con la misma verdad, con la misma fé y el mismo amor con que me dirijo á los hijos que tengo á mi lado, y á los ángeles que tengo en el cielo.

## I.

## EL DEBER DE UN NIÑO.

—Dime, Luisita amor mio, decia la señora de Lopez á su pequeña hija, mientras sentada junto á su blanca cama la ayudaba con tierna solicitud á vestirse. ¿Sabes cuál es el primer deber de las buenas niñas cuando abren los ojos y ven la luz del nuevo día?

¡Oh! sí, mamá; respondió la niña fijando sus dulces

miradas en el rostro de su madre; nuestro primer deber es saludar á nuestros padres, pedirles la bendicion, besar su mano en muestra de amor y respeto, y darles las gracias por tantos cuidados como nos prodigan su cariño. No es esto?

—Sí tienes razon; pero ¿sabes tú quiénes son tus padres?

—¡Vaya, pues ya lo creo; V. y....

—No, hija mia nuestro padre es Dios.

—Pero ¿y V?

—Yo te he dado por la voluntad del Señor, la vida del cuerpo, es verdad; la vida del cuerpo que es frágil y perecedero, y que como un vaso de cristal, se rompe con un golpe de la enfermedad ó de la muerte. Pero Dios, hija mia, te ha dado la vida del alma, que es inmortal y eterna, y la ha redimido además con el precio infinito de su sangre. Ya ves que Él es tu verdadero padre, y á Él, ante todo, debes alzar el corazon y elevar tu primer pensamiento al despertarte. Todo lo que ves al abrir los ojos es obra de su santa mano. La luz que alumbra, el sol que te alegra, el aire que respiras y la vida que te alienta. Sea, pues, Luisa mia, todos los días tu palabra una fervorosa bendicion y una accion de gracias para ese Dios tan bueno: dáselas tambien porque te ha sacado de las sombras de la noche, haciendo brillar para tí una nueva aurora, y ruégale que libere nuestra alma de las tinieblas de la culpa.

## II.

## DIOS ESTÁ EN TODAS PARTES.

—Dice V., mamá que mi primer deber es dirigirme á Dios, y yo quiero hacerlo; pero se me ocurre una duda.

—¿Y cuál?

—Qué acaso no sabré hablar á un Dios tan grande, yo que soy una niña ignorante.

—Dios; hija mia, escucha siempre nuestra voz con agrado, si al elevarla hasta Él lo hacemos con un corazon fervoroso y con una gran devocion. Ya sabes que es nuestro padre: háblale, pues, como cuando te diriges á mí, con igual amor y confianza, aunque con mayor humildad y mayor respeto.

—¿Quiere V. que le diga ahora las oraciones que he aprendido?

—Sí; pero no como una rutina, y como tu linda coterita repite las palabras que la enseñas, sin pararse en ellas ni saber lo que quieren decir.

—¿Pues qué he de hacer?

Pensar que cuando rezas hablas con Dios.

—Es verdad.

—Así pues, cuando lo hagas, has de meditar y sentir las palabras que salgan de tus lábios.

—Pues qué, ¿necesito hacer mas que decir sin equivocarme el Bendito y el Padre nuestro?

—Sí, mucho mas.

—¿El qué?

—Empieza tus oraciones aquí, á mi lado, y yo te enseñaré el modo de hacerlas bien.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

(Continuará.)

IMP. DE LA MADRE DE FAMILIA—DARRO 15.

(1) Corregida y aumentada.